<https://doi.org/10.17163/abyaups.118.1016>

CAPÍTULO 3

**Fundamentos
éticos**

Justicia frente a la globalización, neocolonización y consumismo

Los principios éticos orientan tanto nuestras acciones individuales como colectivas hacia el bien común. Son pilares fundamentales para una práctica profesional responsable y sostenible, cuya adecuada aplicación contribuye a la construcción de una sociedad basada en el respeto, la justicia y la equidad. En un contexto globalizado, neocolonizado y consumista, resulta fundamental promover la justicia y la solidaridad.

La justicia, como concepto ético, busca asegurar la equidad, el respeto y la imparcialidad en las interacciones humanas. Implica la distribución justa de derechos, recursos y responsabilidades dentro de la sociedad, garantizando que cada persona reciba lo que le corresponde conforme a los principios de igualdad y equidad. La justicia es una cualidad que persigue el equilibrio y la igualdad entre los miembros de una sociedad. Se manifiesta a través de las normas jurídicas, las instituciones políticas, las organizaciones sociales y los valores éticos.

Según Rawls (1997), la justicia puede entenderse como una redistribución no solo de los beneficios sociales, sino también de los aspectos jurídicos, políticos, organizativos y éticos. En otras palabras, garantiza que todos los miembros de la sociedad tengan las mismas oportunidades y derechos, independientemente de su condición social, económica o política (Méndez Reyes, 2020).

La justicia implica imparcialidad y debe aplicarse de manera equitativa a todos los ciudadanos, sin discriminación. Un ejemplo concreto de justicia es la ley, entendida como una norma que regula la convivencia social y busca garantizar los derechos de todas las personas. Es esencial que su aplicación sea justa y equitativa, sin distinciones basadas en la condición social o económica. La justicia constituye un valor fundamental para la convivencia humana, pues una sociedad justa es aquella en la que todos los ciudadanos disfrutan de las mismas oportunidades y derechos (Méndez Reyes, 2020).

Por otro lado, cuando hablamos de globalización, la entendemos como un proceso de interconexión global que abarca la economía, la cultura, la política y la tecnología. El término proviene del inglés *globalization*, que significa “mundialización”, y se basa en el adjetivo *global*, referido a aquello que abarca todo el mundo. Este fenómeno se ha

acelerado en las últimas décadas gracias al desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación, generando un impacto significativo, tanto positivo como negativo.

Por una parte, la globalización ha impulsado el crecimiento económico y la cooperación internacional; por otra, ha contribuido a la desigualdad, la pérdida de identidad cultural y la degradación ambiental. Por esta razón, se considera un fenómeno complejo, con profundas implicaciones para el futuro del mundo. Su alcance no solo refleja la interconexión e interdependencia de las naciones, sino también su capacidad para eliminar barreras geográficas y acelerar el flujo de bienes, servicios, tecnología, información y personas.

Entre los aspectos positivos de la globalización se destacan el desarrollo económico, la difusión tecnológica, la diversidad cultural y la mejora en la conectividad. Sin embargo, también conlleva desventajas, como el desempleo local, la uniformidad cultural, el agotamiento de recursos naturales, las disparidades económicas, la difusión de culturas híbridas y los desafíos para las identidades culturales locales.

Para Márquez-Fernández (s. f.), la globalización ha impulsado la expansión del capitalismo neoliberal, fenómeno que ha tenido un impacto significativo en el mundo. Por tanto, puede entenderse también como una forma de imperialismo cultural, que impone los valores y la ideología de los centros hegemónicos de poder a escala mundial.

Este fenómeno representa una nueva etapa en la historia y está asociado al desarrollo del capitalismo neoliberal, el cual ha promovido la interconexión global de las economías, las culturas, las políticas y las sociedades. Sin embargo, la globalización no ha resuelto los problemas sociales, económicos y políticos que aquejan a la humanidad; por el contrario, estos se han agravado debido a la expansión de políticas económicas neoliberales que no ofrecen respuestas eficaces a los desafíos de la sociedad contemporánea (Márquez-Fernández, s. f.).

Al mismo tiempo, ha debilitado la soberanía de los Estados nación, ya que las empresas y las instituciones supranacionales han adquirido un poder cada vez mayor, lo que ha limitado la capacidad de los Estados para regular la economía y la sociedad (Márquez-Fernández, s. f.).

La globalización se fundamenta en una concepción del mundo basada en la racionalidad occidental. Esta racionalidad busca establecer un orden global de legalidades y legitimidades que regule los comportamientos

ciudadanos frente a los desafíos y conflictos inherentes al desarrollo y al progreso social. Por ello, resulta necesaria una reflexión filosófica intercultural que promueva el diálogo entre diversas culturas y perspectivas. Esto se debe a que los medios y fines de la globalización no pueden ser los mismos para todas las culturas (Márquez-Fernández, s. f.).

Este sistema global ha creado un mercado único mundial, dominado por las redes telemáticas de la información. Dicho mercado está orientado a favorecer el consumo y la reproducción del capital, y ha tenido un impacto significativo en la cultura, la política y la sociedad. En este sentido, se ha promovido más la homogeneización cultural que el reconocimiento intercultural, ya que las empresas multinacionales han difundido sus productos y valores por todo el mundo. Esto ha llevado a la pérdida de diversidad cultural y a la imposición de un modelo de vida uniforme (Márquez-Fernández, s. f.).

Por otra parte, el neocolonialismo se entiende como una forma de control indirecto que ejercen las potencias sobre los territorios descolonizados. Se caracteriza por el dominio económico y cultural, y se basa en la explotación de los recursos naturales y la influencia de los valores occidentales. El neocolonialismo se originó en el siglo XIX, cuando las potencias europeas comenzaron a colonizar África y Asia. Estas colonias proporcionaron materias primas, mercados y mano de obra barata a las potencias europeas. Tras la Segunda Guerra Mundial, muchos de estos territorios se independizaron, pero el control de las potencias se mantuvo mediante mecanismos económicos y culturales (Rodríguez Bribiesca, 2021).

El neocolonialismo ha tenido un impacto negativo en los países descolonizados. Ha obstaculizado su desarrollo económico y social, y ha contribuido a la inestabilidad política. Es una forma de imperialismo que se basa en la explotación de los recursos naturales y en la imposición de valores occidentales. De esta manera, constituye un mecanismo de dominación que mantiene a los países descolonizados en una posición de subdesarrollo (Rodríguez Bribiesca, 2021).

Sin embargo, hay otros autores, como Dussel (1992), Quijano (2010), Mignolo (2010), Wallerstein (2007), Méndez (2021), Walsh (2014), entre otros, que sostienen que no se puede hablar propiamente de neocolonialismo, ya que el colonialismo no ha sido superado del todo. El dominio y la explotación económica del Norte sobre el Sur se

remontan al colonialismo iniciado en el siglo XVI. A pesar de los procesos independentistas gestados en la región durante el siglo XIX, los países y pueblos del Sur aún están sometidos a una lógica de dominación basada en la explotación de los recursos naturales y de la mano de obra en territorios colonizados (Méndez, 2017).

En este sentido, se propone hablar de *colonialidad* en lugar de *neocolonialismo*. Quijano (2010) define la colonialidad como la imposición de una estructura de poder racializada, que ha situado a los europeos —y a los países del Norte— en una posición de superioridad sobre los no europeos. Esta estructura se ha perpetuado mediante diversos mecanismos, como el colonialismo, el neocolonialismo y el imperialismo. Todos ellos han contribuido a mantener la desigualdad económica y social entre el Norte y el Sur (Oviedo, s. f.).

En contraste, el *consumismo* se comprende como una práctica profundamente enraizada en la dependencia económica y cultural. Este concepto alude a la adopción acrítica de patrones de consumo foráneos, lo cual perpetúa la alienación de las identidades locales. En este sentido, resulta importante analizar cómo las estructuras de poder global promueven valores consumistas, contribuyendo a la pérdida de autenticidad cultural. Además, el consumismo ha exacerbado los problemas ecológicos, dando lugar a una crisis ambiental planetaria sin precedentes e instando a la adopción de una ética de consumo que respete la naturaleza. Por ello, se han planteado alternativas que promueven prácticas sostenibles y buscan preservar las raíces culturales en el contexto de la globalización (Cortina, 2002).

Según el papa Francisco (2020), el consumismo conduce a un individualismo exacerbado que trae consigo consecuencias perjudiciales, ya que fomenta el desprecio hacia los demás, viéndolos únicamente como obstáculos para la satisfacción personal. En este contexto, las relaciones se ven afectadas y las interacciones se reducen a simples molestias, lo que genera un aumento de la agresividad. Esta dinámica se intensifica especialmente en épocas de crisis, situaciones catastróficas o momentos difíciles, cuando predomina un espíritu individualista y egoísta. No obstante, el papa Francisco (2020) confía en la bondad inherente de las personas y en la posibilidad de elegir una vida plena en colectividad.

Como respuesta a la globalización, la neocolonización y el consumismo, la promoción de la justicia se manifiesta en la decisión

deliberada de practicar la amabilidad. Ante la influencia negativa del individualismo consumista, que pone en duda la bondad humana, es necesario fomentar relaciones sociales más auténticas y genuinas, donde el respeto y la empatía hacia los demás sean fundamentales para construir una verdadera sociedad (Francisco, 2020).

Al cultivar la amabilidad, no solo se contrarresta la hostilidad inherente a estas fuerzas, sino que también se contribuye a la creación de un entorno más humano. En lugar de percibir a los demás como obstáculos, las personas amables generan un espacio donde la comprensión mutua y la solidaridad pueden prevalecer. Así, se brinda un respiro en medio de la agitación consumista y se destaca la posibilidad de establecer una conexión más profunda y significativa en la sociedad. La elección consciente de practicar la amabilidad se presenta como una vía para promover la justicia, contrarrestando las dinámicas deshumanizadoras impulsadas por la globalización, la neocolonización y el consumismo (Francisco, 2020).

Profundización

Para una comprensión más amplia de este tema, se recomienda visualizar el video *¿Qué es la globalización? Ventajas y desventajas*, disponible en <https://acortar.link/5DHexM>, y consultar el texto *Globalización neoliberal y filosofía intercultural*, accesible en <https://acortar.link/rf4A2w/>

Solidaridad-compasión frente al individualismo, la tecnologización y el transhumanismo

El individualismo actúa como un virus que debilita a la sociedad, transformándola en una comunidad de seres aislados que no se perciben como parte de un proyecto común. Esta concepción se fundamenta en la creencia de que el individuo es el centro de todo y que los demás existen únicamente como instrumentos para satisfacer sus propios intereses. Esta visión genera una sociedad marcada por la competencia y la exclusión, donde los más poderosos dominan a los más vulnerables (Francisco, 2020).

En una sociedad individualista, la libertad se ve debilitada. Se convierte en una condición de soledad: una autonomía que no busca pertenecer a algo o a alguien, sino solamente poseer y disfrutar. Esta concepción de libertad no refleja la riqueza de la verdadera libertad, la

cual se orienta hacia el amor, la fraternidad, la solidaridad y la compasión (Francisco, 2020).

La solidaridad, la compasión, la fraternidad y el amor son valores fundamentales que actúan como una fuerza poderosa para unir a las personas y transformarlas en comunidad. Estos valores nos inspiran a salir de nosotros mismos y a preocuparnos por el bienestar de los demás, especialmente de quienes más lo necesitan. Al cultivarlos, contribuimos a la construcción de una sociedad más justa, equitativa e inclusiva, y promovemos la creación de un mundo donde todos puedan vivir en paz y armonía (Francisco, 2020).

El individualismo, lejos de proporcionarnos mayor libertad, igualdad o fraternidad, carece de la capacidad necesaria para forjar un mundo mejor para la humanidad en su conjunto. La simple suma de intereses individuales no permite abordar los males crecientes de alcance global. Sin embargo, el individualismo radical se presenta como un virus resistente y engañoso. Su engaño radica en la ilusión de que la realización de ambiciones personales, la acumulación de logros individuales y la búsqueda de seguridad pueden ser la base para la construcción del bien común. Este planteamiento, según el cual todo se reduce a la satisfacción de intereses individuales, subestima la importancia de la solidaridad y la compasión, elementos esenciales para superar los desafíos globales y construir una sociedad más equitativa y unida (Francisco, 2020).

La tecnificación y el transhumanismo comparten la premisa de que la humanidad posee la capacidad de trascender sus límites actuales. Al modificar su biología y su entorno, el ser humano puede redefinir su identidad, su relación con el mundo y su concepción de lo trascendente. Esta perspectiva se basa en la idea de que somos los arquitectos de nuestro propio futuro, capaces de construir nuevas realidades y creencias (Méndez Reyes y Padrón Medina, 2024).

El transhumanismo constituye la construcción de una nueva cultura con un enfoque epistémico universal, orientado a trascender los límites inherentes a la condición humana. Este enfoque se configura como un nuevo paradigma, e incluso como un pensamiento tecnocientificista destinado a guiar la conducta humana. Se presenta como la promesa de abordar y resolver los desafíos asociados a la finitud y la materialidad de la existencia (Méndez Reyes y Padrón Medina, 2024).

La aspiración central del proyecto transhumanista radica en la realización de los deseos fundamentales de la humanidad: lograr una

autonomía total, eludir la muerte y alcanzar la perfección. Esto supondría infundir un propósito esencial a la existencia y sentar las bases para una sociedad innovadora, gobernada por la ordenación y la racionalidad tecnológica y digital. Dada esta realidad, los denominados *posthumanos* almacenan su conocimiento en dispositivos, convirtiéndose en entidades híbridas que dependen cada vez más de la tecnología. Este cambio radical redefine nuestra comprensión de la identidad y de la existencia humana (Méndez Reyes y Padrón Medina, 2024).

El transhumanismo parte de la premisa de que el avance de la ciencia y la tecnología otorga a los seres humanos la capacidad de liberarse de las leyes de la evolución y de la naturaleza. En este escenario, los individuos se transforman en sujetos que controlan su propio destino y el de los demás seres vivos. Se les atribuye la facultad de generar vida y corregir las imperfecciones biológicas inherentes a la existencia terrenal. Este cambio de paradigma sugiere una visión en la que la autonomía y la capacidad de manipular la realidad biológica definen la relación de la humanidad con la evolución y la naturaleza (Méndez Reyes y Padrón Medina, 2024).

Pensar en una sociedad alternativa a la que proponen la tecnologización y el transhumanismo nos invita a reflexionar sobre el significado de la existencia. Al mismo tiempo, nos lleva a valorar la lucha y la defensa de ideales como la libertad, la justicia, la paz, la equidad y la dignidad humana. Esto se refleja en la dedicación de numerosas personas consagradas a la vida religiosa, quienes entregan sus vidas al servicio de los demás. También se manifiesta en las contribuciones del arte, la poesía, la música, la literatura, la religión y la filosofía, todas ellas desempeñando un papel importante como promotoras del humanismo en nuestras comunidades. Estas expresiones y compromisos sugieren que el sentido de la vida puede encontrarse en la búsqueda y promoción de valores esenciales que enriquecen y otorgan propósito a la existencia (Méndez Reyes y Padrón Medina, 2024).

Es fundamental que la humanidad tome conciencia de la importancia de establecer un equilibrio entre ciencia, tecnología, ética y ecología. Esta armonización es esencial para alcanzar un progreso y desarrollo sostenibles, que preserven la esencia humana y su conexión con el entorno. Para ello, se requiere la formulación de proyectos políticos, económicos y sociales inclusivos, destinados a beneficiar a toda la sociedad. Este enfoque busca preservar tanto la integridad de la humanidad como la salud del medioambiente (Méndez Reyes y Padrón Medina, 2024).

Los avances en ciencia y tecnología han brindado importantes beneficios a la humanidad, aunque también han planteado retos significativos. Es indispensable establecer nuevos principios éticos y axiológicos que orienten el desarrollo científico y tecnológico, con el fin de proteger el bienestar colectivo, así como preservar la vida y la naturaleza. Se busca, en este sentido, equilibrar los aportes de la tecnociencia con la responsabilidad ética en favor de una ecología integral.

Profundización

Para profundizar en esta temática, se recomienda visualizar el video *El futuro transhumano de la humanidad*, disponible en <https://acortar.link/WOhTrE>, así como ampliar la lectura con la encíclica *Fratelli tutti*, del papa Francisco, disponible en el sitio web del Vaticano: <https://acortar.link/PwY4A/>

Veracidad-honestidad frente a la corrupción y la violencia

Tanto la veracidad como la honestidad constituyen valores esenciales en la construcción de una sociedad humanista. Estos principios permiten enfrentar problemáticas como la corrupción, la violencia, la indiferencia y la parálisis social. La corrupción, entendida como el abuso de poder, ha profundizado las desigualdades sociales y generado una grave crisis de valores. Por su parte, la violencia, al emplear la fuerza física, provoca daños significativos a las personas y deteriora el tejido social. Ante estas realidades, no podemos permanecer indiferentes ni adoptar actitudes de apatía o parálisis que dificulten nuestra capacidad de actuar de manera oportuna frente a las adversidades que enfrentamos.

En este contexto, resulta imprescindible fomentar una sociedad basada en la confianza y la cooperación. La veracidad y la honestidad son pilares que fortalecen las relaciones interpersonales, permitiendo que las personas confíen mutuamente y colaboren para alcanzar objetivos comunes. Asimismo, se hace evidente la necesidad de un esfuerzo colectivo para construir una sociedad fundamentada en la dignidad y la justicia, donde cada individuo tenga la oportunidad de vivir en condiciones equitativas y justas.

El papa Francisco (2020) nos invita a reflexionar sobre la búsqueda de la verdad como un elemento esencial en la construcción de una sociedad justa y equitativa. La verdad constituye el fundamento de la confianza, la justicia

y la dignidad humana. Al comprometerse con la búsqueda de la verdad, las personas asumen la responsabilidad de conocer la realidad tal como es, lo que les permite tomar decisiones informadas y actuar con responsabilidad.

Además, la verdad fomenta el respeto por la dignidad humana. Reconocer que cada ser humano es sagrado e inviolable nos impulsa a proteger su vida y su libertad. En este sentido, una sociedad que prioriza la verdad es noble y respetable, ya que se fundamenta en principios sólidos y en un compromiso genuino con el bien común.

Por ello, resulta importante identificar y dismantelar las diversas tácticas de distorsión y ocultamiento de la verdad presentes tanto en los ámbitos públicos como privados. La verdad no se limita a la mera divulgación periodística; implica también el análisis de los fundamentos sólidos que sustentan nuestras decisiones y legislaciones. Es necesario reconocer que la inteligencia humana tiene la capacidad de trascender las conveniencias pasajeras para alcanzar verdades perdurables, inherentes a la naturaleza humana. En este proceso, la razón permite descubrir valores universales que emanan de esa misma naturaleza (Francisco, 2020).

Por otra parte, para López y Villapalos (1997), la honestidad es una virtud que conduce a la coherencia entre los pensamientos, las palabras y las acciones. La persona honesta es confiable y creíble, y respeta a los demás. No realiza acciones que perturben la convivencia, ya que sus actos están guiados por un ideal de justicia y equidad. En este sentido, la honestidad es esencial para la vida en sociedad. Cuando las personas son honestas, pueden confiar entre sí y cooperar para lograr objetivos comunes. Además, la honestidad es necesaria para promover la justicia y la equidad, ya que las personas honestas están menos propensas a actuar de manera egoísta o dañina (Bonilla *et al.*, 2011).

La honestidad es una virtud que puede ser desarrollada y fortalecida mediante la reflexión consciente sobre nuestros pensamientos y acciones, acompañada del esfuerzo por actuar en consonancia con nuestros valores. Al practicarla, contribuimos activamente a la construcción de una sociedad impregnada de valores.

Zárate (2003) señala que la honestidad es un valor intrínseco a la naturaleza humana, que trasciende la simple verdad o sinceridad. Este valor incluye también la responsabilidad en la preservación de los recursos, tanto materiales como inmateriales. En concordancia, Bonilla *et al.* (2011)

sostienen que la honestidad se manifiesta como una virtud que une pensamientos, palabras y acciones en una coherencia integral. Una persona honesta se caracteriza por su integridad, al no permitir espacio para la dualidad, la falsedad o el engaño.

Asimismo, el papa Francisco (2020) subraya la importancia de la honestidad como una virtud fundamental para nuestras sociedades contemporáneas. Según él, la coherencia entre pensamientos, palabras y acciones es clave para fomentar la confianza, promover la justicia y cultivar una cultura del diálogo. Destaca, además, que la educación, la solidaridad y el desarrollo espiritual permiten fomentar este valor.

La educación debe inculcar valores de honestidad; al mismo tiempo, el desarrollo de hábitos solidarios fomenta la empatía, y la espiritualidad otorga un sentido de propósito. En su crítica a las visiones liberales que pasan por alto la fragilidad humana, el papa Francisco (2020) enfatiza que la honestidad es crucial para la transformación social. Argumenta que esta virtud impulsa acciones justas y equitativas, contribuyendo así a la construcción de un mundo mejor para todos.

Por otro lado, la corrupción puede entenderse como la acción de descomponer, romper o destruir, a menudo en colaboración con otros. En contextos económicos y sociales, esta noción evoca realidades como redes comerciales o financieras de carácter mafioso, tráfico de influencias, uso indebido de información privilegiada o enriquecimiento ilícito, entre otras amenazas desintegradoras (Pardo Manrique, 2018).

La corrupción no es simplemente un acto de mala conducta individual, sino una acción con el potencial de afectar a toda una sociedad. Cuando una institución se corrompe, se rompe la confianza que la une con la ciudadanía. Esto puede conducir a la inestabilidad social, la desigualdad y la injusticia. Asimismo, la corrupción tiene un impacto negativo en la economía: al malversarse los recursos, se reduce la productividad y se limita el crecimiento económico, lo que afecta especialmente a los sectores más vulnerables (Pardo Manrique, 2018).

Si trasladamos la noción de corrupción a la biología o la química, esta se asocia con procesos como la descomposición, la putrefacción, la disolución, el aumento de la entropía o la ruptura de un sistema. En un contexto ético, implica connotaciones como el engaño, el soborno, la manipulación o la perversión de una persona o institución, ya que la integridad aparente queda totalmente comprometida (Pardo Manrique, 2018).

La corrupción es un fenómeno arraigado a lo largo de la historia humana, integrado en nuestro acervo cultural y considerado una imperfección intrínseca del ser humano (Brioschi, 2010). Esta idea se asemeja al concepto teológico del pecado original, que acompaña al ser humano desde la infancia, marcando su naturaleza y sometiéndolo a las seducciones del poder (Pardo Manrique, 2018).

Por otra parte, la violencia, en sus múltiples formas, se ha convertido en una constante en el mundo actual: guerras, atentados, persecuciones por motivos raciales o religiosos. Todas estas agresiones contra la dignidad humana suelen juzgarse de manera diferente según los intereses en juego, especialmente los económicos. Lo que es considerado verdad para un poderoso deja de serlo cuando ya no le resulta conveniente (Francisco, 2020).

Estas situaciones de violencia se multiplican dolorosamente en muchas regiones del mundo, hasta asumir las formas de una “tercera guerra mundial por etapas”. La humanidad se enfrenta a un desafío sin precedentes, que requiere una respuesta ética y política urgente, coordinada por todos los actores implicados (Francisco, 2020).

Una de las causas de esta violencia es la ausencia de horizontes comunes que nos congreguen. En toda guerra se destruye el proyecto de fraternidad que une a la familia humana, generando desconfianza y aislamiento, lo que alimenta el círculo vicioso de la violencia. El mundo avanza en una dicotomía sin sentido: por un lado, se pretende garantizar estabilidad y paz mediante una falsa seguridad basada en el miedo y la desconfianza; por otro, se multiplican las situaciones violentas que erosionan la cooperación (Francisco, 2020).

Será la verdad, la honestidad y la esperanza, como fuerzas poderosas, las que nos impulsen a actuar por el bien común. Estas fuerzas nos permiten creer que la corrupción y la violencia pueden ser superadas. La esperanza, en particular, es una realidad profundamente enraizada en el ser humano: un anhelo de plenitud, de vida plena, de alcanzar lo grande. Es audaz, porque sabe mirar más allá de la comodidad personal y las seguridades superficiales. Para combatir la corrupción y la violencia, es necesario caminar con veracidad y honestidad, guiados por un firme espíritu de esperanza (Francisco, 2020).

De ahí la importancia de cultivar una ética social que sitúe la responsabilidad como un principio genuino capaz de impulsar la acción, promover la solidaridad entre todos los seres humanos —incluso a nivel

internacional— y reconocer la igualdad inherente de todas las personas. Esta ética debe ser capaz de desenmascarar tanto la corrupción como la violencia, revelando la podredumbre de las estructuras de pecado y los mecanismos perversos que las sustentan (Pardo Manrique, 2018).

Profundización

Para ampliar esta reflexión, se recomienda visualizar el video *Sociedad sin valores*, disponible en <https://acortar.link/XP1RTh>, y realizar una lectura crítica del artículo *Honestidad y justicia, dos valores imprescindibles*, publicado por la Gaceta UNAM, (<https://acortar.link/GM4nFS/>).

Praxis y compromiso frente a la indiferencia y paralización

La teoría y la praxis se complementan, aunque con frecuencia se consideran opuestas. La teoría consiste en el estudio de los principios y fundamentos de una disciplina, mientras que la praxis se refiere a la aplicación de dichos principios en la realidad. En este sentido, la teoría es fundamental para la praxis, ya que nos proporciona el conocimiento y la comprensión necesarios para actuar de manera eficaz (Gómez Pardo, 2011).

La teoría nos ayuda a comprender los problemas, a desarrollar soluciones y a evaluar los resultados de nuestras acciones. Sin teoría, la praxis sería ciega y caótica. Por ello, no existe una separación radical entre teoría y praxis: van de la mano y son necesarias tanto para el conocimiento como para la acción humana (Gómez Pardo, 2011).

La praxis constituye la esencia del ser humano. Los términos “práctica”, “praxis” y “pragmático” provienen del griego *praxis*, que significa “acción”. Según Heidegger (2022), la praxis es el modo original de ser del *Dasein*, lo que implica que el ser humano es un ser práctico, definido por la acción y el compromiso con sus quehaceres. La acción —o praxis, como la llamaban los griegos— es lo que caracteriza de manera más fundamental al ser humano (Gómez Pardo, 2011).

Desde una perspectiva teológica, la verdad se vive y se revela a través de la praxis. Es en la praxis donde la verdad cobra vida, donde se demuestra su validez. En el cristianismo, la praxis del amor es el espacio donde se revela la verdad de Dios. El amor es la esencia misma de Dios, y es a través

del amor que se manifiesta su presencia en el mundo. Por ello, Jesús afirmó: «Por sus frutos los conoceréis» (Mateo 7, 16). Los frutos del amor son la verdad de Dios (Gómez Pardo, 2011).

La indiferencia, en cambio, representa la ausencia de praxis. Es la falta de compromiso con los demás, con el mundo y con la verdad. La indiferencia aniquila la esperanza, ya que nos lleva a pensar que nada puede cambiar. Paraliza nuestra voluntad de vivir, haciéndonos sentir que nuestras acciones carecen de sentido. Por el contrario, la fe es el motor de la praxis. La fe implica confianza en que el cambio es posible, en que la verdad puede prevalecer. Nos impulsa a actuar sin cerrar los ojos ante la realidad, comprometiéndonos con los demás y con el mundo (Gómez Pardo, 2011).

La fe es un *a priori* de la acción. Nos lleva a actuar incluso cuando la realidad parece imposible. La praxis cristiana es la praxis del amor, la praxis de la fe. Es la praxis que pone en práctica la verdad de Dios y que transforma el mundo (Gómez Pardo, 2011).

La indiferencia y la parálisis se convierten en obstáculos para el compromiso con el otro. La indiferencia es sinónimo de falta de interés o preocupación por el otro como sujeto. Cuando somos indiferentes, no reconocemos la humanidad de la otra persona ni la percibimos como un ser con los mismos derechos y la misma dignidad que nosotros. En consecuencia, no sentimos ningún compromiso desde nuestra praxis para promover una ética de la alteridad (Velásquez, 2008).

Los ejecutores del exterminio nazi son un ejemplo extremo de indiferencia. No reconocieron la humanidad de los judíos y, por lo tanto, no sintieron el compromiso de protegerlos. Sin embargo, la indiferencia y la parálisis no son solo problemas de los gobernantes o políticos: son una realidad que atraviesa a todas las personas en nuestras sociedades. Cuando somos indiferentes, nos desentendemos de los problemas de los demás y dejamos de preocuparnos por las injusticias que ocurren en el mundo (Velásquez, 2008).

La indiferencia cala hondo en la sociedad actual. Nos lleva a reducir al otro a la condición de objeto: ya no lo vemos como un ser humano, sino como un medio para satisfacer nuestros propios intereses. En este contexto, los ideales colectivos se desvanecen y el egoísmo y la inhumanidad se convierten en norma (Velásquez, 2008).

Para superar la indiferencia y la parálisis, es necesario recuperar el compromiso desde una praxis de la otredad, donde se reconozca la humanidad del otro y se experimente un “sentir con” que impulse a actuar en favor del bien común. Esto implica asumir una praxis que valore al otro en su justa dimensión, como base para luchar contra las injusticias que aquejan a la humanidad. Es responsabilidad de todos contribuir a la creación de nuevos lazos y relaciones sociales. Para ello, es necesario enfrentar la indiferencia y la parálisis, grandes obstáculos para la sociedad contemporánea.

Debemos trabajar juntos en la construcción de una sociedad fundamentada en valores humanistas y cristianos, que nos permita reconocer y respetar nuestras diferencias desde un verdadero consenso y mediante un diálogo intercultural y ecuménico.

En el Evangelio de Lucas (16, 19-31), encontramos una crítica profunda a la indiferencia y la parálisis, expresada en la parábola del rico y Lázaro. Jesús presenta una imagen contundente: un hombre adinerado, vestido con lujos y que celebra banquetes a diario, frente a la figura desatendida de un pobre llamado Lázaro, que yace a su puerta. La muerte los iguala, pero sus destinos son distintos: Lázaro es llevado al seno de Abraham, mientras que el rico es simplemente sepultado (Francisco, 2020b).

La crítica se centra en la conciencia del rico sobre la existencia de Lázaro y su indiferencia ante el sufrimiento de este. La distancia entre ambos, descrita como un gran abismo, simboliza la desconexión entre el saber y el sentir: una indiferencia profundamente enraizada en la vida cotidiana. La tragedia del hombre rico no reside en su ignorancia, sino en su incapacidad de ser conmovido, una indiferencia que aún persiste en nuestros días (Francisco, 2020b).

Para el papa Francisco (2020b), la expresión *globalización de la indiferencia* destaca cómo, a pesar de la abundante información sobre el sufrimiento humano, prevalece la falta de empatía. La atención se centra en las preocupaciones personales mientras se olvida a los necesitados. La indiferencia, descrita como un abismo, se revela como el drama de estar bien informados, pero con el corazón cerrado.

El llamado es a evitar esta indiferencia, a permitir que la realidad del sufrimiento humano penetre nuestros corazones y nos impulse a la acción en favor de los demás. La pérdida del nombre del hombre rico — en contraste con el conocimiento del nombre de Lázaro— simboliza cómo

el egoísmo y la mundanidad despojan al ser humano de su verdadera identidad, convirtiéndolo en un simple adjetivo (Francisco, 2020b).

Esta indiferencia es, en esencia, una forma de parálisis. Nos paraliza porque impide actuar para transformar el mundo. Si fuésemos plenamente conscientes del sufrimiento ajeno, nos sentiríamos comprometidos desde nuestra praxis a ofrecer ayuda. La indiferencia nos inmoviliza. Para superar estos grandes obstáculos desde una praxis comprometida, debemos estar atentos a las injusticias y al sufrimiento que existe en el mundo.

En este sentido, es vital que nuestra acción sea empática y solidaria, poniéndonos en el lugar del otro, especialmente de aquellos más necesitados, que enfrentan a diario las injusticias de este mundo. Nuestra praxis debe orientarse al compromiso con el otro, por el otro y desde el otro, buscando acompañarlo y ofrecerle apoyo a través de proyectos sociales, educativos y pastorales. Estos proyectos deben ayudarle a lograr un equilibrio entre su espiritualidad, su fe y los recursos mínimos necesarios para vivir con dignidad, calidad de vida y al servicio de los demás. En definitiva, nuestra labor debe ser reflejo de la fraternidad y la justicia que todos merecemos.

Profundización

Para profundizar en esta reflexión, se recomienda escuchar el pódcast *¿Es realmente el relato del rico y Lázaro literal? ¿o es una parábola?*, disponible en <https://youtu.be/WXTFzG94kVs?si=qA7Gj2ILOCFChDt> y ampliar con la lectura del *Mensaje del Santo Padre Francisco (2016) para la celebración de la XLIX Jornada Mundial de la Paz: Vence la indiferencia y conquista la paz*, accesible en <https://acortar.link/D0G4eB/>

GLOSARIO 3

Términos técnicos con sus respectivas definiciones

- **Compromiso:** el compromiso es una actitud que se caracteriza por la firme resolución de realizar una acción, por la responsabilidad asumida ante una tarea o por el cumplimiento de una promesa. En el contexto de la ayuda al otro, especialmente cuando se encuentra en situación de necesidad, el compromiso se expresa como la decisión consciente de actuar para mejorar su condición.

El compromiso, entendido como ayuda al otro, implica una serie de elementos esenciales: la empatía, que permite ponerse en el lugar del otro; la solidaridad, que impulsa a compartir y apoyar, y la acción concreta, que materializa el deseo de transformar la realidad.

Esta forma de compromiso es fundamental para la construcción de una sociedad más justa y solidaria. Nos permite avanzar hacia un mundo en el que todos puedan vivir con dignidad, desarrollando relaciones humanas basadas en el respeto, la responsabilidad y el bien común.

- **Corrupción:** etimológicamente, la palabra *corrupción* proviene del latín *corrumpere*, formada por el prefijo *con-* (“junto” o “globalmente”) y el verbo *rumpere* (“romper” o “quebrar”). En este sentido, la corrupción puede entenderse como un proceso de descomposición o ruptura de algo que, originalmente, estaba unido o íntegro.

Desde una perspectiva ética, la corrupción representa una forma grave de injusticia, ya que vulnera los principios de honestidad, justicia y equidad. Se manifiesta a través de prácticas ilegales o inmorales que benefician a unos pocos en detrimento de la mayoría. Sus consecuencias son profundas y negativas: genera desconfianza en las instituciones públicas, debilita el Estado de derecho y fomenta escenarios de desigualdad, violencia, delincuencia y, en muchos casos, conflictos armados.

Por tanto, la corrupción constituye un problema estructural de la humanidad que debe ser combatido desde una ética comprometida con el bien común. Ello implica fortalecer las instituciones democráticas, promover la transparencia, fomentar la rendición de cuentas y educar a la ciudadanía en valores que contribuyan a erradicar este mal.

- **Globalización:** proceso de interconexión global que abarca la economía, la cultura, la política y la tecnología. Este fenómeno se ha acelerado en las últimas décadas gracias al desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación. Tiene un impacto significativo en el mundo, tanto positivo como negativo. Por un lado, ha impulsado el crecimiento económico y la cooperación internacional; por otro, ha contribuido a la desigualdad, la pérdida de identidad cultural y la degradación ambiental. Debido a su complejidad, es fundamental analizar su impacto desde una perspectiva ética que permita afrontar los desafíos que plantea.

- **Honestidad:** la palabra *honestidad* proviene del latín *honestas*, que significa “honradez” o “dignidad”. En este sentido, la honestidad puede definirse como la virtud de ser honorable, digno y recto. Esta virtud implica decir la verdad, pero también actuar con integridad, es decir, mantener coherencia entre los pensamientos, las palabras y las acciones. Por ello, la honestidad es esencial para la construcción de una sociedad justa y solidaria. Cuando las personas son honestas, establecen relaciones basadas en la confianza y el respeto mutuo. Esta base ética permite la cooperación, el trabajo conjunto y la búsqueda de objetivos comunes, lo cual contribuye a la creación de un mundo más justo, humano y sostenible.
- **Indiferencia:** la palabra *indiferencia* proviene del latín *indiferens*, que significa “no diferente”. En este sentido, la indiferencia puede entenderse como la falta de distinción, de interés o de preocupación por algo o alguien. Es una actitud de desapego que conduce a la pasividad ante el sufrimiento, la injusticia o las necesidades ajenas. En el contexto de la praxis, la indiferencia se manifiesta como la ausencia de acción y de compromiso. Es una forma de desconexión con el otro, con el mundo y con la verdad. Esta actitud paraliza la voluntad de vivir, ya que genera la percepción de que nuestras acciones carecen de sentido o de impacto.
- **Individualismo:** el término *individualismo* proviene del latín *individualis*, que significa “relativo a un individuo”. En este sentido, el individualismo puede entenderse como una visión del mundo que coloca al individuo en el centro de todas las consideraciones. Se trata de una ideología que enfatiza la autonomía personal y los derechos individuales por encima de los vínculos comunitarios o colectivos. El individualismo se basa en la idea de que el individuo es el eje fundamental de la existencia, y que los demás pueden ser considerados simplemente como medios para alcanzar fines personales. Esta concepción puede tener un impacto negativo en la vida social, ya que una sociedad individualista tiende a estar compuesta por personas aisladas, que no se sienten parte de una comunidad ni de un proyecto común. Este fenómeno puede generar diversas problemáticas sociales, como el debilitamiento del tejido comunitario, el aumento de la delincuencia,

la violencia y el crecimiento de la desigualdad. En contextos donde predomina el individualismo, la solidaridad, la empatía y el sentido de responsabilidad compartida se ven profundamente erosionados.

- **Justicia:** la palabra *justicia* proviene del latín *iustitia*, que deriva de *ius*, término que significa “derecho” o “lo que está conforme a la ley”. En este sentido, la justicia puede entenderse como la aplicación de la ley de manera equitativa e imparcial. Así, la justicia se presenta como una cualidad que busca el equilibrio y la igualdad entre los miembros de una sociedad. Se manifiesta a través de las normas jurídicas, las instituciones políticas, las organizaciones sociales y los valores éticos que rigen la convivencia humana.
- **Neocolonización:** el término *neocolonialismo* proviene de la combinación del prefijo griego *neo* (“nuevo”) y del término *kolonos* (“colono”). En este sentido, el neocolonialismo puede entenderse como una forma de colonización nueva o renovada. Se manifiesta como un tipo de control indirecto que ejercen las potencias sobre los territorios que han sido formalmente descolonizados. Se caracteriza por el dominio económico y cultural, y se sustenta en la explotación de los recursos naturales y en la imposición de valores occidentales. El neocolonialismo tuvo su origen en el siglo XIX, cuando las potencias europeas iniciaron la colonización de África y Asia. Estas colonias proporcionaban materias primas, mercados y mano de obra barata. Tras la Segunda Guerra Mundial, muchos de estos territorios lograron su independencia política; sin embargo, el control de las antiguas potencias coloniales continuó a través de mecanismos económicos y culturales. Entre los principales mecanismos económicos del neocolonialismo se encuentran la inversión extranjera condicionada, el control de los recursos naturales y las relaciones comerciales desiguales. Estos instrumentos perpetúan una dependencia estructural de los países del Sur respecto a las economías del Norte, dificultando el desarrollo autónomo y equitativo de las naciones descolonizadas.
- **Praxis:** la palabra *praxis* proviene del griego *praxis*, que significa “acción”. En el ámbito filosófico, se considera la esencia del ser humano, aquello que lo distingue de los animales. Si bien los animales también son capaces de actuar, lo hacen de manera instintiva y automática. El

ser humano, en cambio, es un ser práctico, consciente de sus acciones, que se ocupa de múltiples quehaceres con intención y propósito.

La praxis nos permite crear, transformar y dar sentido al mundo. Es a través de la acción que el ser humano se relaciona con los demás, comunica ideas, coopera y construye comunidad. En este sentido, la praxis no solo tiene una dimensión productiva, sino también ética y social, pues es mediante ella que se concreta el compromiso con la realidad y con los otros.

- **Solidaridad:** el término *solidaridad* proviene del latín *solidum*, que significa “sólido”. En este sentido, puede entenderse como la unión firme de los individuos, que conforman una colectividad cohesionada. La solidaridad es la capacidad de sentir empatía y preocupación por los demás, especialmente por quienes se encuentran en situaciones de vulnerabilidad. Es una fuerza ética y social que impulsa a los seres humanos a apoyarse mutuamente y a actuar en beneficio del bien común.
- **Transhumanismo:** el término *transhumanismo* proviene de la combinación de los prefijos latinos *trans* (“más allá”) y *humanus* (“humano”). En este sentido, el transhumanismo puede entenderse como una visión del ser humano orientada a ir más allá de su condición biológica actual. Se trata de un movimiento filosófico, científico y cultural que promueve el uso de la tecnología para mejorar las capacidades físicas, mentales y emocionales del ser humano.

Sus defensores sostienen que, mediante el desarrollo de la ciencia y la tecnología —especialmente la inteligencia artificial, la biotecnología, la nanotecnología y la neurociencia— es posible superar los límites naturales de la especie humana, como la enfermedad, el envejecimiento e incluso la muerte. El objetivo es alcanzar un nuevo estadio evolutivo, conocido como *posthumanismo*, en el que los seres humanos se conviertan en entidades mejoradas, con un mayor control sobre su biología y su entorno.

El transhumanismo se basa en la premisa de que los seres humanos poseen la capacidad intrínseca de dar forma a su propio destino. Para los transhumanistas, la tecnología no solo permite mejorar la calidad de vida en términos de salud y bienestar, sino que también potencia aspectos como la inteligencia, la creatividad y la libertad personal.

- **Veracidad:** virtud de decir la verdad. Consiste en expresar lo que corresponde con la realidad, sin dejarse guiar por opiniones subjetivas ni intereses personales. Cuando las personas practican la veracidad, generan confianza mutua y posibilitan la cooperación para alcanzar objetivos comunes.

Esta virtud es fundamental para el respeto y la dignidad humana. Reconocer que cada persona es un ser digno implica también el compromiso de decir la verdad sobre ella, evitando todo tipo de engaño, manipulación o difamación.

Por ello, una sociedad fundada en la veracidad es una sociedad construida sobre principios éticos sólidos y orientada al bien común. La verdad, como valor compartido, permite relaciones humanas más auténticas, promueve la justicia y fortalece el tejido social.